

# Espronceda

El Romanticismo es, entre otras muchas cosas, un ardiente fervor patriótico, como románticas fueron las ideas que dieron paso a la Revolución Francesa. De la gran trilogía de nuestros románticos, Rivas, Espronceda y Zorrilla, los dos primeros tienen su reflejo en estas páginas por sus frenesís patrióticos y sus ideas políticas que les llevaron al exilio y a la cárcel respectivamente. Espronceda, que muere en plena juventud —a los treinta y cuatro años de edad— se nos muestra como un joven vehemente que luego se quema en sus empresas políticas, que van siempre unidas al amor y a la literatura. Porque ese es otro de los signos del Romanticismo: la unión y confusión de la obra con la vida misma, de los gestos y actitudes vitales, con la obra escrita.

Uno de los mejores estudios y más recientes de esa vida, con sus implicaciones políticas, y de esa obra, se debe a la pluma de un escritor y poeta, Guillermo Carnero. El autor de este estudio arranca precisamente del entorno de Espronceda con la época que le toca vivir y de ese acercamiento de que hablábamos entre vida y obra. Inconcebible era en la generación de Espronceda una obra escrita fuera del fuego de la convicción y el apasionamiento. Así su vida misma queda reflejada en sus mismos personajes. Espronceda, perseguido por el absolutismo y ensarzado en un amor adúltero que acaba en



la muerte. Su "leyenda roja" parte de una rebeldía, política y moral. Por ello el mismo Carnero ve el retrato de Espronceda coronado por la Libertad y la Crápula, dos encarnaciones de una misma libertad. Pero nadie sabe, si no muere tan joven, cual hubiera sido el signo de su madurez, ya que en la juventud única de su vida fuesen la revolución y la bohemia. La actitud política de Espronceda fue inequívocamente de izquierdas, además de sincera, tan de izquierdas como se podía serlo en la cuarta década del siglo XIX.

Espronceda murió en olor de multitud, como ídolo popular. Su actividad política le valió cárcel, persecuciones y destierros. Y es que desde los quince años, con su aventura de la sociedad secreta de los Numantinos, Espronceda se nos revela como un joven revolucionario liberal que va a presenciar la dramática ejecución de Rafael del Riego, en la plaza de la Cebada de Madrid, y que conspira en cuevas y sótanos, sufriendo su primer destierro sólo a los diecisiete años, fecha en la que ya se nos revela también como un poeta de cuerpo entero.

Lo que está fuera de dudas, sin entrar en el examen de la situación política de aquellos años, es que Espronceda fue un demócrata con decidida adhesión al partido republicano, y que comprendió y defendió las reivindicaciones obreras. "Es la postura más a la izquierda que se podría esperar en 1842". Espronceda arremete y censura una y otra vez al Gobierno. Se pone en línea con las reivindicaciones del proletariado y pide el acceso del campesinado a la propiedad de la tierra. Pero es que Espronceda además de ser un demócrata de tendencia obrerista, que refleja en sus escritos y poesías, es un buen economista preocupado por los intereses de España. La honestidad política de Espronceda contrasta con la España grotesca de aquella época. Como poeta, en su ejercicio político, pertenece a la humanidad y al porvenir.

Decía Marañón, que el poeta adquirió en París la enfermedad "que lo mató muy joven todavía por ventura suya". Repetimos que no podemos saber si en una más larga vida hubiera renunciado a sus ideas, pero creemos que no. Quizá pudo morir abandonado en una cárcel y no enterrado con honores y glorias. Pero su ideario había ido con él.

Cerrando este breve recuerdo de nuestro romántico y luchador poeta, podíamos acudir al retrato hoy vigente, que de Espronceda hizo otro poeta casi actual, Juan Ramón Jiménez:

"Espronceda desde Londres ve chiquita a España, rodeada de mar azul, las costas rojas y él desde Londres moreno, de



melena negra despeinada por un viento romántico, lustroso, ojos grandes, se sitúa en medio soñando ser pintado así”.

Si la obra de Espronceda es una de las fuentes más claras del modernismo, su figura, romántica y luchadora, polémica, libertaria y amorosa, en uno de los símbolos más claros de una juventud que persigue y ama la libertad. Para entonces y para hoy mismo.

## Manuel Gallego Morell